

Felipe Arturo, *El Objeto y el Pensamiento*, Galería Formato Cómodo (Madrid)

=====

Antes del pasado viernes nada sabía del nombre y el trabajo del artista y arquitecto colombiano Felipe Arturo (Bogotá, 1979), de ahí que al conocer presencialmente sus obras en la galería (me interesaron antes las fotografías de los mismos) pude comprobar que la atracción inicial se incrementaba considerablemente al observar los trabajos in situ, y especialmente por las especiales características con que los mismos son presentados y “agitados”, un poco a la manera de las activaciones en las esculturas de Franz Erhard Walther, si bien aquí está presente una cualidad cinética (es decir, movimiento o velocidad de reacción) de la que carecen las obras del artista alemán, si bien ambos están interesados en explorar y trabajar con elementos naturales, pero sobre todo comparten una misma preocupación por el espacio y el tiempo dentro de las estructuras artísticas propiamente dichas.

*El Objeto y el Pensamiento* es una muestra de realidades creativas que pueden ser contempladas y “leídas” desde su misma singularidad expresiva, o autonomía formal, pero también es una instalación de elementos que interactúan entre sí de una manera muy sugerente, y por supuesto como un “site-specific”, que, si bien no ha sido creado expreso para el espacio de la galería, sí se ha sabido “traducir” de una manera muy efectiva al actual espacio las singulares características que lo definen. Lo presentado son esculturas -o lo que es lo mismo: objetos que antes que realizados han sido pensados- confeccionadas con fibras vegetales -la palma de coco, la fibra de cañaflecha, entre otras fibras y en colaboración siempre con asociaciones y comunidades artesanales de tejedores, indígenas o no- e instaladas junto a ventiladores eléctricos que es lo que permite su activación, o su movimiento, o su danza ritual, o su cualidad centrífuga que aleja y se distancia del eje alrededor del cual gira. Las fibras vegetales, que ante el espectador inician un obsesivo movimiento circular como derviches danzantes, traen consigo, en palabras de la hoja de galería que son por supuesto las del artista “el conocimiento material de las culturas prehispánicas y

afrodescendientes presentes en el continente americano”, y con ello crean y recrean “una habitación fantasmagórica con elementos culturales marginalizados en el territorio americano”. La expresión “habitación fantasmagórica” no puede ser más apropiada y correcta, pues en verdad se experimenta una rara sensación entre onírica y de ritual indígena.

Si en el párrafo anterior hemos descrito unas esculturas que se diría han sido creadas a partir de un interés (o de una preocupación argumental) que bien podemos calificar, con cierta precaución, como de “antropológica”, hay otra parte de la exposición que, perfectamente ensamblada con la anterior, se acerca mucho a una revisión de los parámetros estructuralistas de los “Tristes Trópicos” de Lévi-Strauss, pero desde una consideración donde la ironía, el sarcasmo y la sátira, el humor y la burla inteligente, son los principales elementos estructuradores de la crítica política que el artista lleva a cabo. No es un “arte político” en su sentido más romo y literal (es decir, el que por su propia obviedad y facilismo carece de la más efectiva mordiente crítica), pero sí lo es y mucho el discurso denunciador que lo alienta y sostiene, y sin nunca abandonar la humorística y fina burla con que es presentada la denuncia. Sin más rodeos: el sombrero Panamá, fabricados en Ecuador pero que llegan a Europa saliendo de Panamá, como triste metáfora de los “Papeles de Panamá”. “Tristes trópicos” del “Panamá hat”, tan frecuentado y bastardeado por el cine del Hollywood más comercial y xenófobo cuando “contempla” la vida al sur del Río Grande. Todos los sombreros que vemos en la galería tienen un propietario específico que corresponde a aquellos que con su nombre aparecían en dichos y corruptos “Papers”. Entre los más conocidos: el argentino Macri, el ruso Putin, la borbónica Infanta Pilar...

“El Objeto y el Pensamiento” es una magnífica exposición (muy bien montada, y de las más originales y sugerentes que ahora se pueden ver en galerías privadas de Madrid), por la riqueza y complejidad de los muchos elementos en juego. Elementos que están perfectamente “sincronizados” entre sí, a partir de un discurso culturalmente muy sofisticado y de gran inteligencia crítica y discursiva en torno a la desviación y alteración -sintáctica,

semántica y morfológica- de las obras artísticas. O de las esculturas. O de los objetos. O de los propios pensamientos. Incluso hasta la misma literatura colombiana está presente con una de sus más importantes novelas escrita mucho antes del Macondo de *Cien años de soledad*. Me refiero, en alterada y transfigurada presencia, a *La vorágine* de José Eustasio Rivera. Uno sale de la galería recordando la famosa, inquietante y, sobre todo, polisémica frase final de la novela: "*¡Los devoró la selva!*".